

VILLEGAS LOPEZ

ella esté vestida siempre como Marlene Dietrich. Cuando el argumento no lo permite, pide sencillamente que se cambie, con tanta insistencia, método y seducción que siempre lo consigue. Fepder lo cuenta así: «Cuando no hay que llegar a tanto, ella discute, despliega una seducción sutil y una diplomacia paciente. Hace concesiones, hace protestas de su humildad y su obediencia, halaga muy habilmente al director, elogiando sus escrúpulos de exactitud. Este cree que ha ganado terreno, está persuadido de que la ha convencido, por ejemplo, de que al salir de cumplir una pena de veinte días de cárcel, es necesario que la heroína esté menos ondulada y que su traje esté arrugado, al menos un poco. ¡Qué ilusión! Una vez que el film está terminado, el director se ve obligado a comprobar que Marlene está vestida exactamente como ella ha querido. ¡Marlene Dietrich es tan encantadora!»

Este hecho concreto y tan femenino de la belleza y el vestuario, revela claramente lo que Marlene Dietrich ha tratado de mantener en sí y en todos sus films: la figura creada un día por Josef von Sternberg. Siempre vinculada a ese origen de cuyo abalengo no puede prescindir, sin correr el riesgo de desaparecer. Este tipo de vampiresa es obra de Sternberg, pero

DIETRICH

no es fácil determinar cuál es, y Marlene lo defiende encastillándose en unas líneas que no deben variar apenas a través de películas, canciones y años. La vampiresa que Sternberg crea en Marlene Dietrich es bien distinta de Greta Garbo, a la que debía oponerse y disputar su fama. Por eso, el personaje de Marlene Dietrich, su atractivo, su interés y su misterio no radican en una psicología, donde anida todo ello, como en Greta Garbo. Sino en una vida que está tras la que vemos, que ha creado esa personalidad y esa figura, donde se expresan la sugestión, la sensualidad, el desdén, la pasión. Lo que vemos en las grandes películas de Marlene Dietrich, principalmente en las de Sternberg, es el final de una vida de mujer, cuyos antecedentes ignoramos; éste es su interés como mujer, como vampiresa. Su pedestal de ídolo. Así es en «Marruecos», con esa ranera de la Legión, atracción de los hombres al borde del desierto; así es con esa otra cortesana de «Fatalidad», que acaba en espía para servir a su patria con su belleza y atracción crítica. Pero en «La Venus rubia», por ejemplo, se presenta este origen real de la vampiresa: en este caso, un tanto vulgarmente, un drama de amor con un marido, que se lleva a su hija. Pero aclara perfectamente el método de Sternberg



«El cantar de los cantares», de Mamoulian.

172

VILLEGAS LOPEZ

DIETRICH



Marlene Dietrich en «La venus rubia».

169

VILLEGAS LOPEZ

Venus rubia constituye el remate final de su figura, que queda aquí perfectamente definida, para siempre, con una personalidad que no ha de variar apenas en adelante. «La Venus rubia» es la justificación y explicación humanas de esta vanipetosa, que encarna en Marlene Dietrich. «El cuenter de los cantantes», de Rauben Manóvilian, una buena película, es un intento de variación del personaje, que no tendrá vitalidad. Vuélve a manos de Sternberg, «Ca-pricio imperial», pero sale definitivamente de él para interpretar «El jardín de Aida», de Richard Boleslawsky; «Deseos», de Franz Borzage y Ernest Lubitsch, donde deriva hacia la comedia brillante; «La condesa Alcibíades», de Jacques Feyder, hecha en Inglaterra, que no aporta nada a su trayectoria; «Angel», otra vez con Lubitsch y bajo el signo total de éste. Ha re-ñido, la figura de Marlene se ha ido des-ajando a través de estas que son sus grandes películas. Los clásicos diez años de apogeo y de obra son éstos; desde «El ángel azul», en 1929, hasta «Arzonas», en 1939. Cuando René Clair llega a Hollywood ponen en sus manos

DIETRICH

a Marlene Dietrich con la esperanza de volverla a lanzar, de repetir con un gran director europeo el milagro de Sternberg, doce años antes. Pero el film de René Clair, perfectamente logrado, no tiene éxito y la figura de Marlene, aquí revalorizada con gran secreto y gracia, se pierde para siempre. Las numerosas películas que interpreta posteriormente no tienen, en verdad, más importancia que el mantener su nombre a lo largo de los años. Lo que siempre es un milagro profesional. Pero la obra central, de Marlene Dietrich ha terminado.

Desde entonces hasta hoy, Marlene Dietrich, además de papeles más o menos importantes en larga serie de películas, se consagra como una de las máximas estrellas de la canción. En 1942, visita los frentes aliados, durante dos años, para actuar ante las tropas. Es el gran ídolo de aquellos momentos, y recibe, en 1947, la Medalla de la Libertad, máxima condecoración militar a una persona civil. Ha actuado en las cinematográficas de distintos países, y ha recorrido repetidamente el mundo entero con sus actuaciones en los escenarios de los grandes tea-



«El ángel azul» (1930).

170

VILLEGAS LOPEZ



«Marruecos», con Gary Cooper (1930).

DIETRICH

teos y casinos mundiales. Sus discos están en la línea de los más grandes éxitos. Su belleza sigue siendo la misma, a través de los años, y sabe mantenerlo y hacerla valer en toda circunstancia. Cuando su hija Maria se casa y tiene hijos, Marlene lanza el slogan de «la abuela más guapa del mundo». Si publica un libro con sus opiniones constituye un éxito mundial, y si da consejos por televisión atrae millones de espectadores. A pesar del tipo que encarna en el cine y en la escena, nunca ha tenido conflictos con la opinión pública norteamericana, tan susceptible y vigilante, probablemente las «líneas de decencia», con las que ha sabido mantener un equilibrio lleno de habilidades. Porque Marlene Dietrich es una mujer entandadora, con una voluntad de método germánico, una diplomática de gran poltito y una disciplina prusiana impletable para sí misma. Con todo ello está hecho su éxito y, sobre todo, el mantenimiento indefinido de este éxito.

Marlene Dietrich conoce perfectamente la técnica cinematográfica que afecta a la actriz, sabe

«Marruecos», con Gary Cooper (1930).

la iluminación que le conviene en cada caso, y da con frecuencia órdenes a los electricistas, para rectificar una luz, jamás hace perder un minuto al realizador, ni provoca un conflicto en la filmación. Dedica muchas horas diarias a la conservación de su belleza, con un comportamiento y un método perfecto. Si un fotógrafo, por extraordinario que sea, la hace retratar, ella indica los puntos que deben ser retratados. En los teatros donde va a actuar, marca en el suelo —como en una filmación— cada paso que dará en la representación y, durante días, hace ensayar a los electricistas el manejo de las luces en cada uno de sus movimientos. Sus roles son famosos por su originalidad y elegancia, por su audacia y, a la vez, por su discreción, pero los estudia durante meses y se los hace probar decenas de veces cada uno. Solamente hay un punto en que nunca ha transigido: un film con Marlene Dietrich tiene que ser solamente un film de Marlene Dietrich —cuando era o es protagonista absoluta, se entiende— y un film de Marlene Dietrich obliga a que

171